

su mérito no suele ser apreciado por los contemporáneos sino por la posteridad; aquellos viven y mueren con su tiempo.

Hablando en general, sólo es grande aquel cuya actividad, sea práctica sea teórica, no persigue el interés personal, sino un fin objetivo; ese no deja de ser grande aunque en la práctica el fin perseguido sea un error, ni siquiera si fuese un crimen. No atender jamás á su persona ni á su interés, sean cualesquiera las circunstancias, es lo que hace grandes á los hombres. En cambio toda actividad dirigida hacia un fin personal es pequeña, pues el que obra obedeciendo á estas miras no se conoce ni se encuentra á sí mismo más que en su insignificante personilla. El que es *grande* se reconoce á sí mismo en todas las cosas y por consiguiente en el conjunto de ellas; no vive como el otro únicamente en el microcosmo, sino también y más todavía en el macrocosmo. Lo general es su tema favorito; se esfuerza en apoderarse de ello para reproducirlo, explicarlo ú obrar sobre ello practicamente. No hay nada que le sea ajeno; comprende que todo se relaciona con él. A causa de esta extensión de su esfera se le llama *grande*. Este glorioso atributo no pertenece más que al héroe verdadero, de cualquier género que sea, y al genio, pues tales hombres, contrariando la naturaleza humana, no buscan su propio interés ni viven para sí, sino para la humanidad entera.

Es evidente que la inmensa mayoría de los individuos permanecerá siempre pequeña, compuesta de pequeños que jamás podrán llegar á ser grandes. Ala inversa, es imposible que un hombre sea absolutamente grande, es decir, que lo sea siempre y en todo momento.

Pues el hombre está hecho de masa vulgar
y llama á la costumbre su nodriza.

En efecto; por grande que sea un hombre, en muchas ocasiones no es más que individuo, no atiende más que á sí, que es lo que se llama ser pequeño. En esto se funda la exacta observación de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, lo cual no quiere decir que el ayuda de cámara sea incapaz de apreciar la grandeza del héroe ó el genio, como Gœthe hace decir á Ottilia en sus *Afinidades electivas*.

El genio es su propia recompensa, pues siendo lo mejor, hay que serlo necesariamente por sí mismo. «El que nace con un talento y para un talento, encuentra la más bella existencia», dice Gœthe. Al pensar en algún grande hombre de los tiempos pasados, no nos decimos: «¡Qué feliz es al ser admirado hoy por todos nosotros!», sino «¡qué dichoso debió de hacerlo el goce inmediato de una inteligencia, cuyos vestigios hacen las delicias de una serie de siglos!» El mérito no está en la gloria, sino en lo que hace merecerla, y el goce consiste en la creación de obras inmortales. Los que tratan de probar la inanidad de la gloria póstuma con el hecho de que el hombre á quien pertenece la ignora, pueden ser comparados á un individuo que, dándose las de entendido, se pusiera á demostrar á otro que mirase con envidia un montón de cáscaras de ostras en el patio del vecino, que esas cáscaras no servían para nada.

De todo lo que hemos expuesto acerca de lo que constituye el genio, resulta que es una facultad contra naturaleza, puesto que consiste en que la inteligencia, cuyo destino propio es el servicio de la voluntad, se emancipe de esta sujeción, á fin de trabajar por su cuenta. El genio es, pues, una inteligencia que se declara infiel á su misión. En esto consisten los inconvenientes que lleva consigo y que vamos á exa-

minar, comenzando por comparar al genio con aquellos en que el predominio de la inteligencia es menos acentuado.

La inteligencia del hombre normal, estrechamente sujeta al servicio de la voluntad, y por consiguiente, ocupada sólo en recoger los *motivos*, puede ser considerada como un conjunto de hilos que sirven para mover cada una de las marionetas que aparecen en el teatro del mundo. De ahí viene, en la mayoría de los hombres, esa seriedad seca y afectada, á la cual sólo supera la de los animales, que jamás se ríen. En cambio, se puede comparar al genio, con su inteligencia libre de trabas, á un hombre de veras que desempeñase un papel entre los muñecos del famoso teatro de marionetas de Turín, y que sería en tal caso el único de los actores que conociese el mecanismo de la representación, y que, por consiguiente, podría abandonar por un momento la escena para disfrutar del espectáculo desde las localidades; esto es la meditación [genial. Pero hasta el hombre inteligente y razonable, hasta aquel á quien se puede llamar casi un sabio, difiere todavía grandemente del genio, pues la inteligencia de aquél conserva aún una dirección práctica, se preocupa con la elección de los medios y los fines más convenientes, y por tanto, sigue siendo súbdito de la voluntad y está entregado á la actividad natural de ésta. La seriedad verdadera y práctica de la vida, lo que los romanos llamaban *gravitas*, supone que la inteligencia no abandone el servicio de la voluntad para lanzarse en pos de lo que no interesa á ésta; por eso no permite esa separación entre la inteligencia y el querer que es requisito indispensable del genio. Si el hombre dotado de una inteligencia eminente es apto para hacer grandes cosas en la prác-

tica, es precisamente porque los objetos excitan vivamente su voluntad y la impulsan sin cesar al estudio de sus relaciones. En un hombre de estas condiciones la inteligencia está todavía firmemente adherida á la voluntad. En el genio, por el contrario, ocurre que el fenómeno del mundo, tal como él le concibe objetivamente, flota ante sus ojos como algo extraño, como un objeto de pura contemplación que aparta de su conciencia toda voluntad. Esta última es el punto en que radica la diferencia entre la aptitud para realizar *acciones ó hechos* y la aptitud para producir obras. La última requiere la objetividad y profundidad del conocimiento, la cual supone la separación completa entre la inteligencia y la voluntad; la primera exige, en cambio, la aplicación del conocimiento á los casos particulares, la presencia de ánimo y la resolución, para lo cual se hace necesario que la inteligencia se consagre sin interrupción al servicio de la voluntad.

Cuando se rompe el lazo que une á la inteligencia con la voluntad, aquella, que se encuentra desviada de su primitivo destino, descuidará el servicio de la voluntad. Hasta en presencia de un peligro se prevaldrá de su emancipación; y por ejemplo, no podrá menos de apreciar el lado pintoresco de una situación que amenaza al individuo con un peligro inminente. Pero la inteligencia del hombre prudente y razonable está siempre en su puesto, ocupada en examinar las circunstancias y lo que cada una de ellas requiere. Un hombre de esta clase decidirá y ejecutará en todos los casos lo más conveniente, dada su situación; no incurrirá jamás en esas excentricidades, en esas inconsecuencias personales ni en esas torpezas á que está expuesto el genio, á causa de que su inteligencia no se limita exclusivamente á ser guía y guardián de la vo-

luntad, sino que se entrega unas veces más y otras menos á la contemplación puramente objetiva de las cosas. El contraste entre las dos especies de aptitudes tan diferentes que acabamos de describir en forma abstracta, ha sido expuesto por Goethe en forma intuitiva en sus personajes opuestos Tasso y Antonio.

El parentesco observado á veces entre el genio y la locura procede principalmente de esta separación entre la inteligencia y la voluntad, propia del genio, pero contraria á la naturaleza. Esta separación no consiste en manera alguna en que en el genio tenga menor intensidad la voluntad, puesto que, al contrario, tiene por condición un carácter violento y apasionado. Viene aquella separación de que el hombre eminentemente práctico, el hombre de acción, no tiene más que la cantidad precisa y completa de inteligencia que reclama una voluntad enérgica, cantidad que en la mayoría de los hombres es hasta insuficiente, mientras que el genio consiste en una superabundancia verdaderamente anormal de inteligencia, tal que ninguna voluntad podría necesitar tanta para su servicio. Por eso los hombres capaces de producir obras de verdadero valor, son mil veces más raros que los llamados hombres de acción. Por su mismo exceso adquiere la inteligencia del genio esa autoridad predominante; consigue desprenderse de la voluntad, y entonces, olvidada de su origen, se pone en actividad libremente por su propia fuerza y en virtud de su propia elasticidad: así nacen las obras del genio.

Por otra parte, el hecho de que el genio consista en el trabajo de la inteligencia libre, es decir, emancipada del servicio de la voluntad, produce la consecuencia de que sus obras no sirvan para fin alguno útil. La obra del genio, ¡pertenezca á la música ó á la

filosofía, á la pintura ó á la poesía, no es un objeto de utilidad. El ser inútil es uno de los caracteres de las creaciones del genio, siendo para ellas un título de nobleza. Todas las demás obras humanas tienden á la conservación y mejora de nuestra existencia, salvo éstas, que son las únicas que existen por sí mismas, y en tal sentido se las puede considerar como la flor de la existencia, como el beneficio líquido de la vida. Al gustarlas, se ensancha nuestro corazón, pues nos elevan sobre la pesada atmósfera de las miserias terrestres en el fondo de las cuales vivimos.

Pero aparte de esto, observamos el hecho análogo de que lo bello rara vez aparece asociado á lo útil. Los mayores y más hermosos árboles no dan fruto, los árboles frutales son feos y rechonchos. Las rosas de los jardines no dan tampoco frutos; pero la rosa silvestre del escaramujo, que apenas tiene perfume, lo da. Los más hermosos edificios no son los verdaderamente útiles. Un templo no es una casa habitable. Un hombre de elevadas y raras facultades intelectuales, obligado á ocuparse en algún negocio puramente útil, para el cual basta la capacidad ordinaria, es como un soberbio vaso ornado de bellas pinturas que se emplease en menesteres de cocina. Comparar á los genios con los hombres útiles, es como comparar los diamantes con la grava.

El hombre meramente práctico emplea su inteligencia en los usos para los cuales la destinó la naturaleza, es á saber: conocer las relaciones de las cosas, ya sea entre sí, ya sea con la voluntad del individuo que las conoce. El genio, por el contrario, emplea la suya de un modo opuesto á su destino, en conocer la naturaleza objetiva de las cosas. Su cabeza no le pertenece, pertenece al mundo y es llamada á iluminarle de

una ú otra manera. De ahí resultan, para los individuos dotados de esta facultad, numerosos inconvenientes, pues en general su inteligencia mostrará los defectos propios de todo instrumento que se emplea en algún uso distinto de aquel para que fué creado. Primeramente será, en cierto modo, servidor de dos señores; en cualquier ocasión se emancipará del servicio perteneciente á su destino, para perseguir sus fines propios; por donde muchas veces hará dar pasos en falso á la voluntad, y hará al individuo más ó menos incapaz para la práctica de la vida, hasta el punto de que á veces su conducta parecerá rayana en la locura. En virtud de la elevación de su inteligencia, verá en las cosas más bien lo general que lo particular, cuando el servicio de la voluntad exige principalmente el conocimiento de lo particular. Y cuando en alguna ocasión, ese conocimiento tan elevado, se dirija de repente todo entero y con toda su energía hacia los intereses y las miserias de la voluntad, acaecerá fácilmente que los perciba con demasiada viveza, que lo vea todo con colores demasiado crudos, alumbrado por una luz demasiado intensa y abultado desmesuradamente, lo cual suele hacer caer al individuo en toda clase de extremos lamentables.

Añadiré todavía algunas aclaraciones complementarias. Toda obra grande teórica, de cualquier naturaleza que sea, exige, para ser producida, que su autor dirija todas las fuerzas de su espíritu hacia un solo punto sobre el cual las haga converger y concentrarse tan fuertemente y de un modo tan exclusivo, que el resto del mundo desaparezca para él y que el objeto de que se trata llene en aquel instante por sí solo toda la realidad. Esta excepcional y poderosa concentración, que es uno de los privilegios del genio, se produ-

ce á veces con motivo de las cosas y de los acontecimientos de la vida real cotidiana, los cuales, llevados así al foco de nuestra atención, adquieren tan monstruosas proporciones como una pulga mirada con un microscopio que la aumentase hasta darle proporciones de elefante. De ahí resulta que los hombres superiores en inteligencia se ven dominados á veces por emociones violentas de todas clases á causa de fruslerías, y resultan incomprensibles para los demás, que les ven transidos de pena, llenos de alegría, de ansiedad, de temor ó de ira por cosas que á un hombre normal le tendrían descuidado. Esto sucede porque el genio carece de aquella *moderación*, que consiste en no ver en las cosas (sobre todo, con relación á nuestros fines posibles) más que aquello que realmente les pertenece; pero un hombre moderado nunca será un genio.

A los inconvenientes apuntados hay que añadir una sensibilidad excesiva, consecuencia de una actividad nerviosa y cerebral muy exaltada, junta con aquella otra condición determinante del genio, de que ya hemos hablado, á saber: la apasionada violencia de la voluntad, que se traduce físicamente en la energía de los latidos del corazón.

Estas causas reunidas conducen fácilmente á ese estado de exaltación, á esa violencia de las emociones, á esa movilidad extremada del humor, con predisposición á la melancolía, de que Goethe traza tan acabado cuadro en su *Tasso*. En cambio, ¡qué prudencia, qué tranquilidad, qué golpe de vista tan certero, qué seguridad y qué igualdad de conducta observamos en el hombre normal inteligente, en comparación con aquel estado, tan pronto decaído y nostálgico, tan pronto lleno de exaltación y de apasionamiento, del hombre de genio, cuyos dolores íntimos engendran

obras inmortales. Además, el genio vive generalmente aislado. Es demasiado raro para que pueda encontrar otros que estén á su altura y demasiado diferente de los demás para que se recree en su compañía. En él domina el conocimiento, en los otros la voluntad; así, los goces del uno no son los goces de los otros, ni viceversa. Aquéllos no son más que seres morales y no tienen más que relaciones personales; el genio es al mismo tiempo una inteligencia pura, que por ser tal, pertenece á la humanidad entera. La serie de los pensamientos de una inteligencia que se ha desprendido del suelo donde brotó, de la voluntad, y no vuelve á él más que á intervalos, se diferenciará en todo de la serie de pensamientos de una inteligencia normal, arraigada fuertemente en aquel terreno. Esto, unido á la desigualdad en la marcha del pensamiento, hace que el genio no sea apto para pensar en común con los hombres vulgares, ni para sostener una conversación con ellos, etc. Su superioridad abrumadora hará que ellos encuentren tan poco gusto en sus discursos como el genio en los de ellos. Los hombres vulgares se sentirán más á sus anchas tratando con sus semejantes y el genio preferirá también comunicarse con sus pares, aunque en la mayoría de los casos no sea posible esta conversación más que por medio de las obras de los genios pasados, que nos han sido transmitidas. Chamfort dice con exactitud: «Hay pocos vicios que impidan á un hombre tener muchos amigos, en la medida en que pueden impedirlo las cualidades demasiado sobresalientes.» La suerte más feliz que puede alcanzar el genio es la de hallarse dispensado de toda ocupación práctica, puesto que su elemento no es este, y disponer del ocio necesario para consagrarse á sus trabajos.

Todo esto prueba que si el genio da la suprema feli-

cidad á quien lo posee, en los momentos en que, entregado á la inspiración, puede gozar de ella sin obstáculos, no es, sin embargo, cualidad que proporcione una vida dichosa, antes al contrario. Lo comprueban los testimonios aportados por las biografías de los genios.

Otra desventaja del genio es el desacuerdo exterior que proviene de que ordinariamente todo lo que produce y todo lo que hace se halla en contradicción y en pugna con su época. Los hombres de talento, y nada más que de talento, llegan siempre en la hora oportuna, pues animados del espíritu contemporáneo y solicitados por las necesidades del presente, no son capaces de satisfacer más que estas solas necesidades. Concurren, por consiguiente, al progreso de la cultura intelectual de sus contemporáneos, ó al adelanto gradual de alguna ciencia particular, y reciben por ello recompensas y aprobaciones. Mas la generación siguiente no gusta ya de sus obras, que tienen que ser reemplazadas por otras, las cuales á su vez no dejan de producirse en el momento oportuno. Por el contrario, el genio cruza su tiempo, como un cometa la órbita de los planetas; y su carrera es semejante á la marcha excéntrica del cometa que contrasta con la revolución ordenada y fácil de calcular de los planetas. No puede, pues, intervenir el genio en la marcha ordenada de la civilización del momento presente; como el *Imperator* antiguo al consagrarse á la muerte, lanzaba su espada á las filas enemigas, el genio lanza á lo lejos sus obras en el camino de lo porvenir, donde habrá de recogerlas el tiempo. Su relación con los hombres de talento que brillan en el intervalo puede expresarse con las palabras del Evangelista: «Mi tiempo aún no ha venido, mas vuestro tiempo siempre está presto.»

El talento puede crear lo que excede de la facultad

de producción de los demás hombres, pero no de su facultad de comprensión; por eso encuentra fácilmente un público que le aprecie. Mas las producciones del genio son superiores, no sólo á la facultad de producción, sino también á la de comprensión del resto de los hombres, y por eso no son inmediatamente estimados. El talento es un tirador que da en un blanco que los demás no pueden alcanzar; el genio da en un blanco que no pueden percibir siquiera los otros, los cuales sólo se enteran indirectamente y más tarde del acierto y aun tienen que admitir bajo palabra la realidad del buen éxito.

Goëthe dice en la carta del aprendizaje: «La imitación es innata en nosotros; pero no conocemos fácilmente qué es lo que se debe imitar. Lo excelente es raro y más raro todavía es verlo en estima.» Chamfort escribe también: «Con el valor de los hombres sucede lo que con el de los diamantes, que hasta ciertos límites de tamaño, limpidez y perfección de talla tienen un precio marcado; pero más allá de esa medida no tienen precio ni hallan fácilmente compradores.» Bacon de Verulamio se expresaba ya en los siguientes términos: *Infirmarum virtutum apud vulgus, laus est, mediarum admiratio, supremarum sensus nullus*. Podrá objetarse que esto se entiende *apud vulgus*, pero recuérdese que Maquiavelo dice: *Nel mondo non è se non vulgo* y Thilo (*De la gloria*), que todo individuo pertenece al vulgo más de lo que se cree. Una consecuencia de este reconocimiento tardío de las obras de genio es que rara vez son apreciadas por sus contemporáneos, es decir, que no son apreciadas precisamente cuando tienen esa frescura de colorido que presta á las cosas la actualidad. Sucede con ellas lo que con los dátiles y los higos, que se comen secos con más frecuencia que frescos.

Si consideramos al genio desde el punto de vista somático, le hallamos sometido á diversas condiciones anatómicas y fisiológicas, cada una de las cuales rara vez se encuentra perfecta y menos todavía todas juntas, siendo, sin embargo, indispensables todas ellas; esto explica que el genio se nos aparezca como una excepción aislada, casi milagrosa. La condición fundamental es un predominio anormal de la sensibilidad sobre la irritabilidad, predominio que además ha de presentarse en un cuerpo masculino, lo cual es un nuevo requisito y una nueva dificultad, pues las mujeres, si bien pueden tener inmenso talento, no son capaces de genio, por ser siempre subjetivas.

Se necesita, además, que el encéfalo esté separado del sistema ganglionar con un aislamiento completo de manera que su antagonismo sea perfecto, lo cual permitirá al cerebro vivir sobre el organismo con una vida parasitaria, conservando en aquel aislamiento todo su vigor y toda su independencia. Y ocurrirá con facilidad que de ese modo venga á ejercer el cerebro una influencia hostil y perniciosa sobre el resto del organismo y hasta que le desgaste antes de tiempo, si ese organismo no tiene una vitalidad enérgica y una constitución excelente; esta última condición pertenece también al número de las que requiere el genio. Además, se necesita también, aunque parezca extraño, un buen estómago, dada la relación íntima y especial de este órgano con el cerebro. Pero principalmente el cerebro debe tener un desarrollo y un volumen extraordinario, sobre todo en anchura y altura; la profundidad, por el contrario, será menor y el cerebro, comparado con el cerebelo, habrá de tener un volumen desmesurado. No es dudoso que la forma del encéfalo en su conjunto y en sus diversas partes

debe de ejercer una grande influencia, pero en el estado actual de nuestros conocimientos no la podemos precisar con exactitud, aunque es fácil conocer por la forma de un cráneo que en él debe de residir una noble y elevada inteligencia. La contestura de la masa cerebral deberá ser de una finura extremada y perfecta y componerse de la sustancia nerviosa más pura, más escogida, más delicada y más irritable. La relación cuantitativa entre la sustancia gris y la sustancia blanca ejerce también indudablemente una acción decisiva, pero que tampoco podemos precisar. Con todo, el acta de la autopsia del cadáver de Byron consigna que la cantidad de sustancia blanca era extraordinaria con relación á la de sustancia gris; consta también que su cerebro pesaba seis libras. El de Cuvier pesaba cinco, siendo el peso normal de tres libras.

Al revés del cerebro, que debe ser voluminoso, la medula espinal y los nervios han de ser excesivamente finos. Un cráneo bien redondeado, alto y ancho, compuesto de una masa ósea poco espesa, debe proteger al cerebro sin comprimirle de ningún modo. Toda esta constitución del cerebro y del sistema nervioso, es una herencia procedente de la madre; en el libro siguiente habremos de volver sobre este asunto. Pero todo ello no bastará para producir el fenómeno del genio, si, como herencia del padre, no viene á unirse á dichas condiciones un temperamento vivo y apasionado que se manifestará físicamente en la energía poco común del corazón, y, por tanto, de toda la circulación de la sangre, principalmente en la cabeza. Esta energía aumenta la turgencia propia del cerebro, por virtud de la cual oprime sus paredes y se escapa al exterior por cualquiera abertura accidental; en segundo lugar la energía del corazón comunica al cere-

bro además del movimiento constante de expansión y compresión, debido á la respiración, otro movimiento interior muy diferente, que consiste en una conmoción de toda su masa, á cada pulsación de las cuatro arterias cerebrales, y cuya fuerza debe ser proporcionada al volumen del cerebro: en general, esta conmoción es un requisito indispensable del funcionamiento cerebral. Le favorecerá también la poca estatura, y en particular, un cuello corto, puesto que teniendo que recorrer menos camino la sangre, llegará al cerebro con mayor energía. Sin embargo, no son indispensables estos requisitos: Goethe, por ejemplo, era de elevada estatura.

Si faltan las condiciones relativas á la circulación de la sangre, que proceden del padre, aquellas otras concernientes á la feliz organización del cerebro, que son heredadas de la madre, producirán á lo sumo un talento, un ingenio agudo que descanse sobre un temperamento flemático; pero un genio flemático es imposible.

Las referidas condiciones que se heredan del padre explican la mayoría de los defectos que suelen acompañar al genio, y de los cuales he hablado antes. Si, por el contrario, estas condiciones existen sin las otras, es decir, concurriendo con un cerebro ordinario, ó con mayor razón, si concurren con un cerebro mal constituido, producirán vivacidad sin genio, calor sin luz, cerebros vanos, hombres de una agitación y una petulancia insoportables. El hecho de que de dos hermanos, sólo uno resulte genio, por lo común el primogénito, como ocurrió en el caso de Kant, puede explicarse suponiendo que sólo al engendrar al primero era cuando se hallaba todavía el padre en la edad del vigor y de la pasión, pero también puede ocurrir á ve-